

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

ENSEÑANZA.

I.

Apenas puede darse una cuestión más trascendental y delicada que la cuestión de la enseñanza.

Leyes, costumbres, cultura, artes, progreso, civilización, todo depende de la enseñanza.

Los siglos pasan, las generaciones se suceden, los imperios envejecen, los monumentos se desmoronan: sola la enseñanza restaura esos monumentos, rejuvenece los imperios, renueva las generaciones y hace reaparecer en toda su gloria y esplendor los pasados siglos.

Del hombre se ha dicho que es un animal educable y de la enseñanza que es una segunda naturaleza.

Dadme la sociedad más selvática ó corrompida, dejad que se la eduque en sanas y provechosas doctrinas; y vereis como la selva se torna jardín ameno, el charco corrompido estanque de tersas y cristalinas aguas.

El genio satánico de las revoluciones modernas, cansado de derribar palacios, de arrasar templos, de demoler conventos, ha conocido que una *mano oculta* reponía en silencio las piedras del profanado altar, del demolido trono, de la celda derribada.

Esta *mano oculta* es la fuerza de las ideas y sentimientos, es la *mano* benéfica de la enseñanza cristiana que vá borrando las huellas de sangre y cieno que dejan las revoluciones en su camino.

La enseñanza falsa y deletérea, que viene propagándose de día en día por el libro, por el periódico, por el club, nos indica claramente que el genio revolucionario ya no se contenta con desmochar las ramas ó derribar el tronco del árbol social, sino que aplica á la raíz su hacha destructora.

Hay una revolución más temible y pavorosa que la revolución del *petróleo*, y es la revolución de las ideas.

La idea es la chispa encubierta que vá prendiendo por el hacinado combustible hasta que estalla en voraz incendio.

La idea es el veneno infiltrado en las venas de la sociedad enferma, que hace inevitable su muerte.

Sin esta revolución doctrinal el *petróleo*, reduciendo á pavesas las conquistas de la civilización y del cristianismo, no sería más que un aviso saludable, una crisis pasajera.

Y si el simple buen sentido reconoce que la enseñanza impía es el peligro constante de la religión y del estado, de la sociedad y de la familia, ¿cómo ha podido la impiedad levantar impunemente su cátedra, á despecho de la religión cuyas luces ofusca, del estado cuyo poder derroca, de la sociedad cuyas bases conmueve, y de la familia cuyos lazos relaja y disuelve?

La libertad! ved ahí el caballo fatal que ha roto los muros de Troya por las manos de los mismos troyanos, y que admitido y saludado como salvadora deidad en medio de la ciudad

invencible, ha arrojado de su vientre las falanges incendiarias.

Libertad de enseñanza! No queremos saber lo que por ese lema entienden esos *equilibristas* políticos que la otorgan ó la retiran, la ensanchan ó la restringen, según los balances de la política, las palpitaciones de la bolsa ó los cálculos aritméticos de las urnas.

A vosotros nos dirigimos, *soldados de la idea*, los que en la barricada y en la tribuna, en el antro conspirador y en la cátedra honorable, proclamais constantemente este *santo y sagrado* lema; decidnos, ¿admitís vosotros como principio la libertad de la enseñanza?

Sin duda creereis que basta por respuesta señalar con la mano esos torrentes de sangre generosa, con que habeis rubricado su verdad *absoluta*, su derecho *ilegislable*. Con todo, eso no basta. Para fanatizar las masas sobra un engaño cualquiera; para sostener un principio se necesita la lógica y la verdad.

Decidnos, ¿no pugna vuestra razón, no ladra vuestra conciencia, siempre que nos habláis de derechos absolutos é ilegislables? no nos decís que todo derecho ha de estar circunscrito dentro de las prescripciones de la moral universal? Luego vosotros mismos confesais: 1º. que esos derechos *ilimitados* tienen un *límite*, 2º. que os reconocéis impotentes para fijarlo, puesto que esa moral universal, único confin del horizonte de la libertad, se vá alejando á medida que avanzamos.

Libertad de la enseñanza! Apliquemos este principio al disolvente crisol de la lógica, y vereis como en vez de depurarse, se descompone en sus mal trabados elementos. Vereis como del rico y luciente metal solo nos quedan por cenizas la negación de toda verdad, la sanción de todo error, la santificación de todo crimen.

No hay verdad contra verdad. Así pues, una vez admitida una verdad, se pierde la libertad de negarla ó combatirla. Cada idea evidente, cada principio cierto, cada axioma reconocido, al paso que es un tesoro para la razón y un adelanto para la ciencia, es un obstáculo para la *libertad*.

Según esto, ese principio *absoluto* de la libertad de la enseñanza borra como con una esponja todas las ideas, y deja la humana mente *tamquam tabula rasa*.

Estraño progreso! Después de tantos siglos en que la humanidad estudia, inquiere, medita y aprende, ¿no habremos logrado descubrir una sola verdad, consolidar un solo principio? Después de recoger con mano avara los tesoros de ciencia que nos ganaron con sus vigiliass tantos pensadores profundos, tantos genios inspirados, ¿no poseeremos una sola idea, ni gozaremos con derecho incuestionable de un solo axioma? Y ahora en pleno siglo de las luces tendremos que ir á buscar aun la primera piedra con que levantar el alcázar de la ciencia?

Si la humanidad errante no ha dado todavía con el fresco manantial que ha de humedecer sus secos labios, bien puede hacer alto en su camino, y esperar la muerte sentada bajo la palmera del desierto.

Y si hay una sola verdad reconocida, entonces ¿dónde está la libertad de negar lo que la razón afirma, lo que proclama la conciencia? Así, solo en la negación *absoluta* de la verdad se puede fundar la libertad *absoluta* de la enseñanza.

La verdad tiene sobre la inteligencia los mismos derechos que tiene el bien sobre el corazón.

El error y el mal son hermanos; hijos de un mismo padre, nacidos en una misma cuna, recorren abrazados el mundo, sembrando de abrojos los senderos de la vida.

El que proclame el derecho al mal es lógico que proclame también el derecho al error, y por consiguiente la libertad de la enseñanza.

Pero, si sois padres de familia, por mas encariñados que esteis con esa mal llamada *libertad*, ¿permitireis que el libertino se tome la de enseñar á vuestras candorosas hijas los misterios y tendencias de la naturaleza? Cómo! guardais del cierzo abrasador las flores del jardín, ¿y no guardareis de los vientos del mundo á esas hijas mas puras y delicadas que los lirios y azucenas?

Si sois jueces ó legisladores, ¿sancionareis el derecho de enseñar los nefandos ritos del mormonismo, la bárbara práctica de los sacrificios humanos, los misterios de la impúdica Vénus, del lascivo Adonis? La conciencia, la humanidad, la moral, la naturaleza misma, ¿no os impondrán el imprecindible deber de amparar á la sociedad, atajando esta enseñanza?

Pues, si no hay derecho para todo error, ¿cómo ha de haber libertad para toda enseñanza?

Declarar inofensiva la doctrina y criminal y punible su práctica es una de las *conquistas* de nuestro siglo. Los siglos venideros, al examinar estas *conquistas*, no podrán menos de asombrarse de nuestra *sabiduría*; privados de nuestras *luces*, no podrán comprender como la Francia, por ejemplo, confiere á M. Littré los supremos honores del talento, mientras envía á la deportacion á los *débiles* servidores de la *Commune*, y declara fuera de la ley á los internacionalistas.

Si es libre la enseñanza de una doctrina, debe tambien ser libre su práctica. Si hay derecho para enseñar que toda propiedad es un robo, debe tambien haber derecho para atacar toda propiedad. Si es lícito persuadir que toda autoridad es tiranía, debe tambien ser lícito destronar toda autoridad.

Toda vez que la doctrina se ha enseñoreado del entendimiento y ha llegado á informar la conciencia, ¿dónde está la culpa del que obra guiado por el dictámen de esta conciencia? Si el seducir esa conciencia ha sido el ejercicio legítimo de un derecho, el guiarse por ella no será sino el cumplimiento de un deber.

Conducid á ese infeliz á la cueva subterránea donde celebran sus infernales asambleas nuestros *libertadores*; enardeced su imaginacion con el horrible y repugnante relato de los crímenes y torpezas que manchan la púrpura de los reyes; acostumbtradle á mirar la persona del monarca como frágil obstáculo á la verdadera emancipacion de sus súbditos; persuadidle que con algunas gotas de su sangre puede borrar la marca de la esclavitud que degrada la frente de los pueblos, que con

las convulsiones de su momentánea agonía pueden redimirse las convulsiones desgarradoras de la eterna agonía de millares de vasallos vendidos ahora á su bárbaro despotismo; acallad los escrúpulos de su conciencia, hablándole de *soberanía del pueblo*, de *legítima defensa*, de *justicia social*, mostrándole en fin fácil y llano el camino; y levantad hasta las nubes la fama imperecedera del héroe que de un solo golpe rompa tantas cadenas, enjague tantas lágrimas y redima tantas víctimas: y ¿qué habreis conseguido? Que en medio de la festiva y bulliciosa algazara de públicos festejos, cuando el monarca justo y clemente recorra las muchedumbres, recogiendo los vítores y aclamaciones de un pueblo agradecido á sus bondades, veais á un hombre, á un mónstruo de siniestro aspecto y torva mirada deslizarse sombrío y taciturno entre las alborozadas gentes. Vedle, allí toma posicion conveniente; allí espera impasible, y llegado el momento fatal, apunta con trémula mano su pistola al corazon magnánimo del príncipe, y al ver rodar su cuerpo exánime, entreabre su repugnante boca una sonrisa de infernal regocijo. Horror causa el pensarlo; pero es preciso dominar este horror para ser imparciales. Decidme, ¿no creia ese desgraciado ser el representante de la humanidad ofendida? no creia que su acto era un acto de *justicia social*, y que su mano era la mano de la Providencia que venia á dar libertad á sus hermanos? no se ofrecia en víctima generosa para la salud de un pueblo? Pues subid, subid á ese criminal monstruoso sobre lujosa carretela, y haced que recorra la triunfal carrera, ceñidas las sienes con el laurel del heroismo. Y luego con eternos mármoles, con estatuas imperecederas, levantadle suntuoso mausoleo, para que los demagogos de todos los siglos puedan venir con devoto corazon á recogerse y meditar y tomar inspiracion sobre sus cenizas.

Y si quereis ser mas justos, reservad estos honores para esos *sabios*, que con su *inofensivo* principio de la libertad de la enseñanza niegan toda verdad, sancionan todo error y santifican todo crimen.

MIGUEL MAURA PRO.

UNA TABLA DE SALVACION

EN EL TEMPORAL SOCIAL Y POLÍTICO QUE CORREMOS (*).

II.

NUESTRO DEBER ANTE LA SITUACION.

De lo excepcional de las presentes circunstancias y de la imposibilidad de alegar ignorancia sobre la gravedad de una crisis superior á todas cuantas se registran en la historia, se desprende cuan obligados venimos á conjurarla, si es ello posible, ó en otro caso á prevenir lo desastroso de sus efectos. Si este deber ineludible no hubiese de alcanzarnos directamente como católicos y como españoles, y en su consecuencia como obligados á procurar por la propaganda de la verdad y por la prosperidad de la patria, habria de apremiarnos por haber contribuido todos, y por contribuir acaso al presente, á ser causadores de la grave y profunda crisis que se nos viene encima. Nos encontramos en la alternativa de ser cómplices, confesos, convictos y reincidentes del mal, ó de procurar por el bien.

Hay otras naciones que nos han precedido en la propaganda del mal; y de los medios que para este objeto ha sugerido á otros pueblos una inventiva que por gran desgracia no ha sido infecunda, de esos medios rebuscados y aconsejados por el refinamiento del materialismo, somos imitadores cada dia en mayor grado. De otros pueblos se dirá que son los inventores, los autores, los propagandistas de estos medios; pero no puede ya decirse que no exista tambien entre nosotros todo cuanto para el mal se ha innovado ó imitado en otros paises. Y ya que para la propaganda del mal hemos sabido ir tan allá como el que mas, ¿hemos hecho lo propio para la propaganda del bien? ¿Se esparce el bien con la abundancia necesaria para ahogar el esparcido mal, segun expresion de un escritor ilustre?

Nosotros no podemos dar fé sino de los siguientes hechos, públicos y notorios: 1.º Para la propaganda del mal vemos aguzarse el ingenio, buscarse el interés de la novedad, y emplearse todos los medios desde el delicado pincel al lápiz churrigueresco, desde el estilo elevado al ramplon y vulgar, desde las seductoras apariencias inofensivas á las formas descocadas y repugnantes; en cambio para la propaganda del bien vemos empleado con singular parsimonia lo esquisito, y vemos muy vulgarizado lo ramplon y chocarrero, y por regla general únicamente las vulgaridades y chocarrerías obtienen aceptación especial entre muchísimos que se tienen por hombres de bien: 2.º Para la propaganda del mal nada nos queda ya que imitar de los extranjeros, y aun podríamos citar algunos hechos que nos ponen por encima de la desenvoltura extranjera; en cambio para la propaganda del bien tenemos todavía mucho

(*) Véndese este interesante folleto á 2 rs. en Barcelona librería de Puig plaza Nueva, y á 2 ½ en Palma librería de Guasp.

que andar para ser imitadores de la actividad y de los medios que se han empleado y se emplean en otras naciones, donde se practica mas el amor y la buena propaganda y se hacen menos ó ningunos alardes de ser católicos por antonomasia: 3.º en España, y hablando en general, no se trabaja para atraer hácia el camino de la verdad, que á nuestro pobre juicio es el principal deber de la propaganda; los medios de propaganda que por punto general se emplean, tienden á conservar en la fé á los que ya la profesan, ó á imponer antes que la fé las condiciones determinadas de tal ó cual profesion política antepuesta y pospuesta é identificada con la fé. ¿Son estos los medios oportunos y racionales de sembrar el bien en un campo donde el bien se va perdiendo? La actividad y los recursos que se emplean trabajando primera y principalmente para un partido político y para una forma determinada de gobierno podrán servir de mérito ante el gobierno y ante el partido que se patrocinen; pero la fé y la moral, primeras é indispensables bases de nuestra restauracion, están muy por encima de los partidos políticos y de las formas de gobierno. Lo principal no ha de subordinarse á lo secundario; lo inmutable no ha de recibir la ley de lo que siempre ha sido y en todos tiempos será pasajero y mudable.

Mas acertada y enderezada á su verdadero objeto es la propaganda que tiende á conservar en la fé á los que ya la profesan: bien hayan pues todos cuantos esfuerzos se dedican á este intento, y solamente es de desear que sea espurgado de ahí el mal gusto artístico y literario que muchas veces predomina y que nunca favorece. Pero en moral como en economía política el sistema prohibitivo obedece al fin de conservar y no al de mejorar, y precisamente lo que se busca y necesita es el mejoramiento. Hay que atraer á la fé á los que de la fé se marchan; hay que atraer á la moral cristiana á los que la tratan con desvío y con repugnancia. Un libro piadoso es útil para una persona que tiene puestas en la devocion sus complacencias; mas para quien anda distraído y fuera del camino de la piedad, un libro piadoso carece de prestigio y de incentivo para atraerle. Y pues el error y la inmoralidad han ido á cobijarse en las letras, las ciencias y las artes, allí es donde ha de ejercer su propaganda y ha de buscar su cosecha el criterio católico. ¿Y se trabaja en España para moralizar la historia, para moralizar la literatura, para moralizar la filosofía, para moralizar las ciencias, para moralizar las artes? Conteste por nosotros la estadística de todo lo que se ha publicado y se publica en España, y adjudíquese el premio de actividad á quien de justicia corresponda. El vencedor en esta lucha no habrá sido el espíritu católico.

En la propaganda del bien se ha establecido de hecho el sistema prohibitivo; pero, á despecho de todos los esfuerzos empleados en este sentido, ha venido á establecerse en otro campo el sistema proteccionista, y por último el sistema libre-cambista. Unos piden la proteccion especial para los intereses

católicos, ya que ha sido preciso renunciar á la exclusiva; otros retan al catolicismo á la libre lucha, y desean que en el campo de la lucha se determinen las condiciones de la situación respectiva.

Los partidarios del sistema prohibitivo, aunque de palabra digan otra cosa, de hecho han enseñado y enseñan la necesidad de su sistema, limitando su propaganda á la circulación de libros ascéticos y piadosos y de escritos enderezados al triunfo de un partido político determinado. Las masas en las que su voz tiene influencia, han venido á sospechar que estos son los únicos medios de verdadera propaganda, y de ahí ha resultado que en España no han obtenido éxito sino las publicaciones de índole ascética y las de cierta índole política. Y comenzando muchos que se llaman hombres de bien por no apoyar la propaganda científica, literaria y artística, enderezada á un fin católico, pero libre de las obligadas ataduras del ascetismo y de un determinado espíritu de partido, no solamente se ha desvirtuado esa propaganda, sino que se ha hecho cada día mas difícil.

Francia es la nación que va al frente de la civilización moderna; Francia tiene adquirida la reputación de ser el pueblo mas corrompido y extraviado; y sin embargo, por el simple hecho de que ha partido siempre de Francia la mas activa propaganda religiosa, todos tenemos fija la vista y puesta la esperanza en la restauración de Francia para confiar en los altos destinos de la Europa culta. Ya que los españoles hemos hecho gala de católicos por antonomasia, ¿no veníamos, y venimos todavía obligados á que en la actividad de la propaganda del bien ningún otro pueblo nos aventajase? Éramos, y queremos ser todavía, los primeros en hacer gala de católicos; y no somos los primeros ni los segundos en la fama y en la realidad de propagandistas del bien. He aquí juzgados imparcialmente por la opinión ajena y por la propia nuestros esfuerzos por la propaganda del bien y de la verdad.

Fíjense algunos con escasa cordura en otro punto de vista, y pretenden demostrar que la propaganda de partido político es la primera y mas necesaria propaganda. Al efecto alegan el argumento siguiente: «La Iglesia ha condenado el progreso, el liberalismo y la civilización moderna; por consiguiente ha de cambiar á toda prisa la faz de los modernos pueblos.» Aceptamos la decisión de la Iglesia en todas sus partes; creemos todo cuanto la Iglesia cree y enseña, y en estas creencias deseamos de todo corazón vivir y deseamos de todo corazón morir.

Mas comencemos por dirigir á nuestros lectores las siguientes preguntas: La condenación del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna, ¿significa la muerte instantánea ó rápida de las instituciones condenadas? ¿significa la desaparición de todo progreso, de todo liberalismo, de toda civilización? No estamos por desgracia en tiempos de tanta fé que pueda esperarse de la mayoría de los que viven una imitación práctica de aquel gran padre de

la Iglesia que escribió: *Roma locuta est, causa finita est*. Por consiguiente la propaganda de incredulidad y de indiferentismo no permite esperar que la condenación del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna por la Iglesia, presuponga su desaparición cercana. Para los católicos esa condenación significa que el progreso, el liberalismo y la civilización moderna están heridas de muerte; significa que no podrán crear un modo de ser duradero y perpétuo para los pueblos; significa que dentro de esos principios no hay vitalidad, no hay prosperidad, no hay porvenir; pero de ninguna manera significa que todo esto desaparezca en breve.

También, al celebrarse trescientos años atrás el santo concilio de Trento, fué condenado el protestantismo; y sin embargo, el protestantismo no desapareció, ni ha desaparecido todavía, ni por desgracia ha agotado aun los recursos que para su propaganda le presta la obcecación sistemática si bien, como cuerpo de doctrina ha perdido ya toda reputación y todo crédito, y nadie estando en sana razón y claro juicio espera que el protestantismo pueda constituir ni consolidar el modo de ser social, político ni religioso de ningún pueblo.

La condenación dictada por la Iglesia nos obliga á no creer en la vitalidad de las instituciones censuradas; así como la condenación del protestantismo por la Iglesia habia de obligar, y nos obliga todavía á creer que dentro del protestantismo no hay vitalidad ni hay salvación. ¿Qué papel hubiera representado, qué papel habrían hecho representar á la Iglesia, los que al condenar el protestantismo hubiesen sostenido la idea de que el protestantismo iba á desaparecer inmediatamente de las naciones? Este mismo papel representan y harían representar á la Iglesia los que se empeñan en significar, que por haber sido condenado el liberalismo, va á desaparecer inmediatamente el liberalismo de la faz de las naciones. Solo Dios sabe cuando esto sucederá; á nosotros nos basta la creencia, la fé de que esto habrá de suceder algun día; y por esto, sin perjuicio de conservar firme y entera esta fé, podemos considerar como hombres, como observadores de los acontecimientos, y como obligados al estudio de la historia dado á la humanidad para su aprovechamiento y enseñanza, podemos considerar, repetimos, que, pues el progreso, el liberalismo y la civilización moderna se han arraigado y generalizado mas de lo que se arraigó y generalizó el protestantismo, es lógico que su desaparición sea todavía mas difícil. El protestantismo, si halaga á la razón humana por el libre exámen que le otorga, no deja de imponer deberes religiosos; el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, halagando mas á los hombres, tienden á aflojar mas y mas la apretura de los deberes: ¿cómo, pues, no ha de hallar mas fácil y mas duradera acogida lo moderno en una sociedad tan bien dispuesta para ello, cuando el protestantismo, halagando menos, ha obtenido tan largo y tan duradero favor?

En su virtud lo primero á que necesitamos subordinar todos nuestros esfuerzos, es á procurar la armonía entre la Iglesia y el estado, desechando de todo corazón la teoría de que las aspiraciones del progreso, el voto de los pueblos y el espíritu de la civilización han de ser el criterio preferente. No; esto no de ha ser, porque el voto libre de los pueblos degenerados tendería por este medio á destruir la Iglesia, y por consiguiente á destruir la verdad. La Iglesia es eterna é inmutable, el voto de los pueblos es mudable y antojadizo; no puede pues, ni debe la Iglesia someter lo inmutable á los antojos de lo mudable, someter la verdad á los posibles antojos del error, someter la autoridad á los posibles antojos de la inobediencia.

La irreligion campea libre y suelta y dominante; el patriotismo tan cacareado se practica públicamente sin rubor de tal suerte que tiene trazas de un verdadero sarcasmo: nuestro deber de católicos y de ciudadanos nos obliga pues á desterrar, hoy mejor que mañana, el triunfo de la irreligion y del sarcasmo del patriotismo. ¿Tenemos á mano medios suficientes para vencer y desterrar estos abusos triunfantes? ¿Son en número suficiente los católicos y los ciudadanos dispuestos á todo linaje de sacrificios para conseguir rápidamente mudanza tan loable?

Sátira mordaz sería la simple hipótesis de que en nuestros días una generación, tan gastada y venida tan á menos como la nuestra, habia de imitar la epopeya varonil de patrióticas y religiosas generaciones. Para semejantes epopeyas no se improvisan héroes; los héroes se forman con el tiempo, al calor del hogar doméstico y de la atmósfera social. Y ¿qué atmósfera se respira en nuestros días? No queremos averiguarlo; bástanos saber que no es la atmósfera del heroísmo.

A quien no le sea permitido lo mas, puede serle asequible lo menos. Si para héroes no servimos, podemos servir para sinceros católicos y dignos ciudadanos. Si carecemos de abnegación para un gran sacrificio, podemos tener buena y eficaz voluntad para poner de nuestra parte algun recurso y algun trabajo. Podrá sernos imposible cambiar con rapidez el rumbo desacertado que siguen la sociedad y la patria; pero podemos y debemos trabajar con incomparable perseverancia en disputar el terreno á la inmoralidad y al egoísmo. Muchos triunfos parciales pueden hacer fácil con el tiempo una victoria definitiva. Hé aquí trazado nuestro deber.

La obra es difícil, es grande y es muy larga. Comencémosla; pero no la comencemos solamente de palabra, sino de obra. No perdamos el tiempo en halagar con programas que nosotros no hemos de ver realizados; en vez de cobrar el gusto á lo perfecto y acabado, démonos por contentos si allegamos fuerzas suficientes para echar los cimientos de la obra.

Si no procedemos de esta suerte, si nos hemos de empeñar en que no hemos de dar un paso en el camino de la mejora sin que está mejora sea rápi-

da y completa para que nosotros podamos disfrutarla, entonces no engañemos al público, ni vengamos haciendo alardes de patriotismo: seamos mas francos, y confesemos que nuestros deseos y propósitos obedecen pura y simplemente al egoísmo. Y la Providencia nos dará el premio que merecemos; dejará bien castigadas nuestras miras de egoísmo y de propia conveniencia.

Con sujeción á esta norma de conducta, observe cada cual si verdaderamente ha hecho ó hace de su parte todo cuanto está á sus alcances para que la moralidad se propague y el patriotismo se estienda y practique, en el sentido de procurar á la patria el bien que sea posible, con la esperanza y el deseo de acentuar mas los esfuerzos particulares á proporcion que las circunstancias lo consientan. Examine cada cual su proceder, y vea imparcialmente lo que su conciencia le dice.

Pongamos por encima de todo las necesidades de orden moral y los deberes de un levantado é imparcial patriotismo, y no limitemos la esfera de nuestra acción á los confines siempre estrechos y mezquinos de un partido político. Recordemos que la Iglesia no ha prescrito jamás, ni prescribe ahora á los pueblos, forma alguna determinada de gobierno: únicamente les niega, y con sobra de razón, á pueblos y á gobiernos el derecho, ó mejor, la facultad que en virtud del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna se irrogan para pretender que sus aspiraciones sean superiores ó iguales en autoridad de doctrina á la doctrina de la Iglesia. Esta prohibición pesa igualmente sobre todas las formas de gobierno, sobre el absolutismo, sobre la monarquía representativa y sobre la república. Si un gobierno quiere hacerse superior á la Iglesia, ese gobierno, sea cual fuere, falta. Porque si la Iglesia no ama ni puede amar los antojos de una república ó de una monarquía representativa que pretendan sobreponerse á la autoridad de la Iglesia, tampoco puede aprobar la conducta de aquellos reyes de España que enviaban tropas á atacar á Roma y á encerrar al padre santo en un castillo, mientras en España mandaban hacer rogativas por la libertad del papa.

Nuestro deber de católicos nos impone pues en todas circunstancias la obligación severa de trabajar incesantemente, sea cual fuere la forma de gobierno que rija, para que las aspiraciones del progreso que no ha de desaparecer de la tierra, el espíritu de la civilización que constituye la base de la sociedad, y el voto de los pueblos cuando á esos pueblos su forma de gobierno les conceda voto, no se sobrepongan, antes al contrario se subordinen, á la verdad representada y encerrada en la doctrina de la Iglesia.

Y pues le queda ancho campo á nuestra actividad y á nuestro celo, si hemos de ir procurando que la verdadera ilustración se propague, que las costumbres públicas y privadas mejoren, que la fé brille cada día mas en las sociedades, y que los pueblos vayan entrando por la recta y segura senda de reconocer y acatar la autoridad de la Iglesia, em-

pleemos todas nuestras fuerzas, toda nuestra actividad, todo el tiempo, todos los medios, y todos los recursos lícitos y legales que tengamos á mano, y dejemos á la Providencia que disponga la época y el modo en que ha de verse realizado nuestro buen deseo.

Si algun día ha de suscitarse un Constantino ó un Recaredo, Dios le suscitará; pero nosotros no tenemos derecho ni autoridad para señalar en tal ó cual hombre la época ni la personalidad de un Constantino ó de un Recaredo. También los cristianos que vivían en los tiempos del emperador Tito, hubieran deseado, y sin duda lo merecían mas que nosotros, que Tito hubiese sido un Constantino. Sin duda los católicos españoles que vivían en tiempos de Amalarico, hubieran deseado en sus días el advenimiento de Recaredo. Y así como, según podemos considerar ahora por los hechos históricos, el empleo en la pronta realización de aquellos deseos hubiera sido un necio y ridículo empeño de alterar el orden providencial; así también nosotros, empeñándonos en señalar fijamente la época y la personalidad de un Constantino y de un Recaredo, podría ser que nos empeñásemos ridícula y neciamente en alterar el orden providencial. Y para tan grande empresa somos nosotros muy poco, somos nada.

CRÓNICA.

MEETING CATÓLICO EN INGLATEERRA.

De esta gran junta celebrada en Londres publicó la *Epoca* la siguiente reseña:

«Mientras nuestros príncipes, nuestros gobiernos y nuestros parlamentos muestran una indiferencia tan triste como culpable en cuestiones que afectan hondamente los sentimientos del pueblo español, es consolador contemplar el espectáculo de la Inglaterra, de la cual podría decirse que los que allí son católicos lo son mas que los demás católicos del mundo. Los diarios ingleses hoy recibidos contienen una reseña interesantísima de la gran junta ó *meeting* de la sociedad titulada *Union de los católicos de la Gran Bretaña*, que celebraron millares de católicos en los espléndidos salones de los Willis de Londres, inmediatos al palacio de Saint-James. Presidia aquella reunion de damas y de hombres el noble duque de Norfolk, y entre los presentes se hallaban el arzobispo Manning, los condes de Dembigh y de Gainsborough, monseñor Capelle, monseñor Patterson, lord Howard, las *lady*s Fitz Alam, Howard y Tichester, *lady* Georgina Fullerton, *lady* Eyre, la marquesa de Lothian, el conde Stuard, los sacerdotes del Oratorio y de la iglesia de la Concepcion, así como otras muchas personas distinguidas.

El presidente abre los debates, diciendo que la union católica habia convocado aquella reunion para espresar sus simpatías hácia el padre santo víctima de los ataques del gobierno italiano, y hácia los jesuitas injustamente desterrados de Alemania. La supresion de las corporaciones religiosas, de que se queja el papa en su carta al cardenal Antonelli, era un paso má dado por el gobierno italiano en la senda de opresion contra la santa sede, y los católicos de Inglaterra consideran que ese sistema de persecucion destruye la religion que aman en el mundo. Los católicos ingleses, que no pueden olvidar los servicios que los jesuitas han hecho á la Iglesia en tiempos difíciles, al verlos hoy blanco de persecuciones en tierras extranjeras, tienen el deber de espresarles su apoyo y ardientes simpatías. Grandes aplausos acogen estas palabras.

Lord Howard cree que la resolucion adoptada por el gobierno italiano afecta á la sociedad religiosa y al mundo católico, y propone que la asamblea declare que el proyecto de suprimir las órdenes religiosas en la ciudad de Roma, metrópoli del cristianismo, es un golpe dado al catolicismo en todo el mundo. Siendo los jesuitas la vanguardia de la Iglesia, su persecucion lastima los derechos internacionales de todos los católicos, y es tiempo ya de que Inglaterra proteste contra la política de insulto y de despojo que sigue el gobierno italiano respecto de la santa sede.

Monseñor Capelle demuestra primero cual es la admirable organizacion de la Iglesia católica, o ganizacion en la cual las comunidades religiosas tienen un puesto importantísimo, y atacarlas en Roma es destruir su vida interior y herirlas en el corazón. El digno prelado hace con este motivo el mas caloroso elogio de la hermana del duque de Norfolk que, como tantas otras católicas inglesas de las mas altas familias, ha consagrado su vida, su tiempo y su fortuna al auxilio y educacion de los pobres sin distincion de creencias. El centro de estas influencias civilizadoras es Roma, y aquellas comunidades religiosas que se consagran á los deberes de la virtud cristiana, merecen apoyo, no solo de los católicos, sino de todos los hombres de honor y de justicia contra un acto de iniquidad.

La primera mocion de lord Howard es votada por unanimidad en medio de grandes aplausos.

El conde de Dembigh propone en seguida declare la asamblea que las medidas recientes del imperio germánico estrañando de su territorio á los jesuitas y á otras congregaciones religiosas, sin probarles acto alguno ilegal contra el estado, son una ofensa al derecho natural y una injuria hecha á los católicos de todas las naciones. El orador la apoya, no solo como católico sino como inglés y campeón de la libertad y del derecho, pues no quiere se diga vivamos en una edad de vergüenza. Sir Carlos Clifford, al apoyar esta resolucion, se espresa con gran ardor, y profetiza al principe de Bismark en la historia el papel de Juliano el Apóstata, pidiendo al *meeting* declare que las medidas de los gobiernos italianos y aleman constituyen parte de un ataque general contra las libertades de la Iglesia católica, exigiendo una protesta de los católicos de todo el mundo.

Sir Guillermo Allies traza el cuadro de las violencias cometidas por el gobierno italiano contra la santa sede, y declara que actos semejantes cometidos en Londres habrian producido una revolucion. Pero ahora no se ataca ya solo al poder temporal, sino al poder espiritual del santo padre, que Italia protestaba querer respetar. Por su parte, él esperaba mas noble conducta del imperio germánico, que creado hace un año, se habia lanzado ya en plena persecucion de la Iglesia.

El arzobispo Manning, que al levantarse es vívamente aplaudido, empieza proponiendo un voto de gracias al presidente de la asamblea, y felicitándose de que en esta edad, llamada con razon por uno de los oradores «edad de vergüenza,» sean los seculares católicos ingleses los que rivalicen con sus prelados en resistir las invasiones contra la libertad de la Iglesia, y enviar al santo padre la oferta sincera de sus fortunas y si es preciso de sus vidas. En el último cuarto de siglo ha visto una hipócrita revolucion en Italia buscando la justificacion de sus actos sacrilegos en supuestas agresiones por parte del vicario de Cristo. Ahora el segundo acto de este triste drama parece querer representarse en Alemania unida á Italia. El orador habia visto con esperanza para la civilizacion del mundo la unidad de la Alemania; pero al contemplar al canciller del nuevo y grande imperio mareado con sus triunfos y fomentando las divisiones religiosas del pueblo, ha empezado á temer por el imperio germánico. Es imposible que no se haya apoderado del principe de Bismark cierta fascinacion que le hace destruir con sus propias manos la gran obra por él levantada.

El cardenal Manning cree que el origen de todas estas violencias pasó de Florencia á Munich, y que el principe de Bismark á pesar de su genio está siendo víctima de las sociedades masónicas tan poderosas en Italia y Alemania. Por su parte él espera en Dios que esta otra gran sociedad mas

poderosa que forma el catolicismo, del cual son vanguardia las órdenes religiosas, sobrevivirá á los masones y á los revolucionarios Pío IX podrá ser un nuevo mártir; las órdenes religiosas se án despojadas, perseguidas, arrojadas de reino en reino, pero ni serán suprimidas nunca, ni el pontificado desaparecerá, siendo esta institucion de Dios. En cuanto á los jesuitas desterrados, ellos no temen al destierro, y esta gran sociedad, que durante cien años se ha visto atormentada, aprisionada, vivirá á la cabeza del catolicismo, como vive hoy á la cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Nuestro Señor nos ha dicho que los apóstoles perseguidos en una ciudad deberian ir á otra y predicar siempre la palabra divina.

La voz de esta asamblea resonará en el mundo entero, porque es la voz independiente y libre de la Inglaterra. En fidelidad á la santa sede, en adhesion á sus pastores, no hay católicos que e-cedan á los católicos ingleses, y el espectáculo que da ahora la Gran Bretaña no será perdido para la Europa ó para el mundo. Inmensos aplausos acogen este discurso, y las resoluciones son aclamadas por unanimidad. En Francia esta actitud de los católicos de Inglaterra escita una noble emulacion, y lo mismo acontecia en Italia, en Bélgica y en Austria.

M. Stephenson director de los archivos de Inglaterra ha llegado á Roma con la mision de compulsar en los archivos del Vaticano los documentos interesantes para la redaccion de una nueva *Historia de Inglaterra*. M. Stephenson educado en el protestantismo, en el cual llegó á ocupar el cargo de pastor, fué amenazado, el dia en que abjuró de sus errores y se convirtió al catolicismo, con la destitucion del cargo que desempeñaba «Y qué! dijo el nuevo católico, ¿he perdido mi saber por haber renunciado al protestantismo?»

M. Stephenson es el primer sacerdote católico que Inglaterra envia despues de la reforma con carácter oficial á Roma.

El dia 5 fueron recibidos en audiencia por su santidad, cuya salud es inmejorable, los alumnos del colegio Clementino. Uno de ellos recitó una preciosa poesia, ofreciéndole además el óbolo producto del cariño filial en nombre de sus compañeros. El santo padre contestó con palabras de benevolencia y de bondad, bendiciendo despues al auditorio.

En los dias anteriores habian merecido este honor el rev. Combani de Verona misionero y vicario del Africa central, el P. Emigdio de Civitá Nova comisario de los capuchinos de Inglaterra é Irlanda, y tres católicos alemanes de las diócesis de Breslau, de Fréveris y de Westfalia.

Sobre las elecciones municipales de Roma dirigió monseñor Nardi al *Univers* la siguiente carta con fecha del 8 del corriente:

«Señor director: Permitidme que rectifique algunas ideas un tanto erróneas, que encuentro emitidas en algunos periódicos de Roma y de París sobre las elecciones municipales que han tenido lugar en Roma el domingo último

El padre santo no dió orden ni aconsejó terminantemente que los católicos acudieran á las urnas, limitándose á declararlas licitas, excluyendo completamente las elecciones políticas las cuales obligan á prestar un juramento de fidelidad... Hablando con sus antiguos empleados, les dijo: «Seguid los consejos de varones prudentes y de conciencia. Haced lo que esté á vuestro alcance en las tristes circunstancias que atavesamos.»

Si consintió que se tomara parte en las elecciones municipales, fué por salvar la educacion cristiana de la juventud. Si Pío IX hubiera dado una orden terminante, ninguno de sus fieles romanos hubiera dejado de votar, porque tienen ya demostrado con repetidos actos de abnegacion y valor que saben obedecer sus órdenes. No lo hizo así, dando una prueba de su paternal prudencia, porque se presentaban ra-

zones en pro y en contra al decidir una cuestion tan árdua, en la cual se encontraban divididas las opiniones de eminentes católicos, además de otras muchas consideraciones que son fáciles de adivinar.

Los católicos de Roma se dividieron en dos clases: libres para votar, libres para abstenerse, segun su buen juicio les indicara. Se habló de intimidaciones, y realmente la circular de Lanza presidente del consejo de ministros entregaba á los católicos al odio de sus enemigos presentandolos como liberticidas y enemigos de su patria. De los antecedentes que todos conocemos nacen los temores que los acontecimientos se han encargado de justificar. Estos temores no los han contenido, sin embargo; lo que les ha hecho desistir de presentarse á emitir sus votos, es la certidumbre de las irregularidades de las listas electorales, de las cuales se habia eliminado á muchos romanos, mientras gran número de advenedizos, empleados, militares, comerciantes, etc., etc., habian sido comprendidos en ellas bajo pretextos fútiles, previstos sin duda en las leyes y reglamentos redactados premeditadamente para conseguir este objeto.

No han sido menos temidas las maniplaciones del escrutinio, que tan recientes ejemplos nos ofrecen. Por esta causa han dejado de votar dos terceras partes de los electores católicos: los resultados son elocuentes.

Recibid pues, señor director, la seguridad de mi profunda estimacion y de mi sincera amistad.—*F. Nardi.*»

El 31 de julio los jesuitas de Posen celebraron la fiesta de su patrono, que e-tuvo concurrendísima. Al dia siguiente, 1.º de agosto, el *landrhat* (gobernador) Bochm se presentó en el colegio, hizo reunir la comunidad, y les anunció que su congregacion habia sido disuelta, por lo cual todo jesuita *debía abstenerse en lo sucesivo de celebrar misa tanto en público como en secreto, de predicar, de enseñar, de confesar y de visitar á los enfermos.* Acto continuo fué cerrada la iglesia, cuyas llaves se llevó el *landrhat*. Hé aqui la forma en que se cumplimentan las órdenes de expulsion contra los jesuitas. Hasta el dia nadie creyó que pudiera prohibirse la celebracion de la misa, ni que se les privara de visitar á los enfermos, que es una obra de misericordia al alcance de todos los hombres.

No es solamente en Europa en donde se persigue á los religiosos. Treinta y nueve entre franciscanos y dominicos espulsados de Guatemala han llegado á San Francisco. El presidente Granados pretesta que eran hostiles al personal actual del gobierno de la república. El dia 7 de junio, sin permitirseles siquiera un plazo de cinco minutos para hacer sus preparativos, fueron conducidos entre bayonetas á bordo del *Sacramento*, en el cual llegaron á San Francisco sin ropas y sin recursos.

El arzobispo Sr. Alemany y los religiosos establecidos en la costa del Pacífico se apresuraron á proveer á las necesidades de los desterrados, entre los cuales se encuentra el fundador de las misiones de Guatemala, venerable anciano de 72 años.

En una carta de Manila se refiere el hecho horrible de haber sido crucificados en unos bosques de China veintiseis misioneros filipinos que fueron cogidos por los naturales. Casi todos ellos habian salido de los conventos de Valladolid y de Ocaña hace pocos años. De los veintiseis crucificados en otros tantos árboles solo se salvaron dos, á quienes no habian dado todavía la lanzada final, debiendo su fortuna á la aparicion inesperada de un destacamento de tropa inglesa que ahuyentó á los verdugos y desclavó de los árboles á los dos que aun estaban vivos, siendo uno de ellos el autor de la carta. Ya cuenta España con nuevos mártires de la fé.